

I Premio Ripley

Colección Átropos

I Premio Ripley

Relatos de ciencia ficción y terror para
escritoras

Primera edición, octubre 2017

© Triskel Ediciones, 2017

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

ISBN: 978-84-947141-4-6

Depósito Legal: SE 1640-2017



TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5

41009, Sevilla, España

triskelediciones@triskelediciones.es

www.triskelediciones.es

Ilustración: Eva Vázquez

Diseño logo: Alba Palacio

Diseño cubierta: Triskel Ediciones S.C.

Impresión: Gráficas La Paz

EDITADO EN ESPAÑA

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier media, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

Desde Portaldeescritor y Triskel Ediciones, organizadores de este primer Premio Ripley de ciencia ficción y terror para escritoras, queremos agradecer de manera muy especial al jurado de esta edición por su enorme implicación y apoyo en la complicada tarea de seleccionar los doce relatos finalistas que conforman esta antología: Daína Chaviano, Aitziber Conesa, Tanya Tinjälä y al equipo de La Nave Invisible.

Estas doce obras son la punta de un iceberg conformado por los 179 relatos recibidos, llenos de originalidad, grandes ideas y buena literatura. Son 179 voces femeninas que confirman que hay escritoras de ciencia ficción y terror en este país, y que en el futuro ellas serán las protagonistas.

ÍNDICE

Prólogo, de <i>Elia Barceló</i>	11
INVIERNO	19
Granja-357, de <i>Miriam Iriarte</i>	21
Plutón, de <i>Chus Álvarez</i>	39
Tras mi último invierno, de <i>Gisela Baños</i>	55
PRIMAVERA	69
Asimilación cultural, de <i>Mar Vieites</i>	71
Descendiente, de <i>Arantxa Comes</i>	89
El juicio de los Maar-na, de <i>Viviana Rodil</i>	103
Androidismo en el tiempo, de <i>Coral Carracedo</i>	121
VERANO	143
Proyecto Quimera, de <i>Patricia Janikowski</i>	145
Los límites del cielo, de <i>Irantzu Tato</i>	157
Perlora, de <i>Alicia Sánchez Martínez</i>	177
OTOÑO	195
El ojo herido, de <i>Laura Replinger</i>	197
Atardecer rojo, de <i>Raquel G. Álvarez-Calderón</i>	213

PRÓLOGO

Elia Barceló

Cuando yo empecé a escribir ciencia ficción, allá por los años setenta, era prácticamente la única mujer en España en hacerlo. El género, más minoritario incluso que ahora, era un género de hombres y para hombres, a pesar de que en Estados Unidos y Gran Bretaña, ya en los cincuenta y sobre todo en la década de los sesenta, habían surgido magníficas autoras que estaban ofreciendo gran parte de lo mejor que la ciencia ficción podía producir. Mujeres como James Tiptree, Jr., Joanna Russ, Ursula K. LeGuin, Marion Zimmer Bradley y muchas más.

En nuestro país, Nueva Dimensión, la única revista profesional que existía, publicaba ocasionalmente algún relato escrito por mujeres –casi siempre extranjeras, con traducción del inglés–, y en una ocasión, recuerdo todavía hoy, un cuento de Magdalena Mouján, una española residente en Argentina –*Gu ta gutarrak*–, que unos años antes había sido prohibido por la censura. Creo que, aparte de ella y María Guera, que escribía a cuatro manos con su hijo y publicó un par de relatos en los primeros números de ND, yo debí de ser la única mujer española que apareció en las páginas de la mítica revista.

Durante bastante tiempo el panorama patrio en cuanto a literatura fantástica producida por mujeres quedó limitado a esto: Cristina Fernández Cubas, que comenzó a publicar en la línea de terror fantástico en 1980, Pilar Pedraza –gótico, macabro, grotes-

co—, Susana Vallejo, que se decantó por la ciencia ficción ya desde sus primeros relatos, y ocasionalmente Rosa Montero, que nunca se animó a decir con claridad que de vez en cuando escribía ciencia ficción. Alguna otra mujer empezó a escribir también por la década de los noventa —recuerdo algún relato de Adolfina García— pero ninguna de ellas, que yo sepa, continuó haciéndolo.

En las Hispacones y diversas reuniones y festivales que se fueron dando al correr de las tres décadas de las que yo tengo recuerdo, la presencia femenina fue aumentando. Si al principio las chicas presentes solían ser novias y amigas de los chicos que leían y escribían ciencia ficción, poco a poco las mujeres empezaron a acudir por interés propio y ya no era nada raro poder hablar con otras chicas de nuestras novelas favoritas. Luego el interés se fue extendiendo a novelas gráficas, películas, series... toda clase de formas de narrar historias, y lentamente, aunque los hombres seguían y siguen estando en mayoría, cada vez había más mujeres que entraban en el género para enriquecerlo con sus propias creaciones. Felicidad Martínez, Lola Robles, Nieves Delgado, Cristina Jurado, Melisa Tuya, Carmen Moreno y muchas más pertenecen a esta generación (y no me refiero a la edad de las autoras). No quiero ponerme pesada citando nombres, y además tengo que confesar que, desde que existe internet y las redes sociales, ya no soy capaz de estar al día de lo que sale, de modo que estoy segura de que se me quedan muchísimas en el tintero. Pido perdón por las omisiones.

En este ambiente de crecimiento, hace tres años surgió *Alucinadas*, un magnífico proyecto para descubrir autoras de fantástico en todas sus vertientes y sacar una vez al año, cambiando de antologistas, una colección de relatos escritos por mujeres en lengua castellana. Por extraño que pueda parecer, esas mujeres estaban ahí, dispuestas a entregar relatos y a posicionarse en el escaparate de la literatura de género.

Cuando el equipo del Premio Ripley se puso en contacto conmigo, me contaron el proyecto y me propusieron escribir este prólogo, acepté inmediatamente porque era la concreción de uno de mis sueños más antiguos: una antología de relatos de ciencia ficción escritos por mujeres de una nueva generación, mujeres escritoras que se habían ganado el derecho a publicar a través de un concurso. Nunca había oído el nombre de ninguna de ellas.

Recuerdo que hace mucho tiempo, en 1977, Bruguera publicó una antología compilada por Pamela Sargent si no recuerdo mal, que en España se llamó –con muy poco acierto– *Mujeres y maravillas* y que recogía exclusivamente relatos escritos por mujeres. En inglés se llamaba *Women of Wonder*, lo que era mucho más bonito y más preciso. “Mujeres asombrosas” me habría gustado algo más aunque, bien mirado, hoy en día sería casi políticamente incorrecto considerar que una mujer resulta asombrosa por el hecho de escribir buena ciencia ficción.

Sin embargo, dejando eso aparte, puedo asegurarte, estimado lector, estimada lectora, que las mujeres que aparecen en esta antología que tienes en las manos son escritoras notables. Y eso es algo que me llena de alegría porque confieso que me asustaba un poco tener que prologar una antología que no me acabase de gustar, en la que cabía el peligro de que los relatos no estuviesen a la altura. Uno de mis pensamientos oscuros era que quizá los cuentos fueran los mejores entre los que se habían recibido para el concurso, pero eso no los iba a convertir necesariamente en lo bastante buenos.

Me alegra decir que mis temores resultaron infundados: los relatos de esta antología del Premio Ripley son todos entre muy buenos y excelentes. Se nota en algunos que sus autoras están aún dando sus primeros pasos en este exigente oficio de la narración, pero puedo recomendarlos todos sin dudar.

Ahora, en 2017, cuarenta años después de la traducción española de *Women of Wonder*, que se publicó en Estados Unidos en 1975, aparece este volumen en España, con relatos escritos originalmente en español por un puñado de mujeres cargadas de futuro. No conozco en persona a ninguna de ellas, no sé cuántos años tienen ni a qué se dedican cuando no están escribiendo. Sólo sé que es maravilloso que estén ahí y que nos ofrezcan sus historias en este libro que tienes ahora en tus manos.

El libro está dividido en cuatro secciones siguiendo las estaciones del año: tres relatos de invierno, cuatro de primavera, tres de verano y dos de otoño, lo que da, si no me he liado con las cuentas, doce historias que van desde la ciencia ficción más evidente –con temas clásicos como contacto extraterrestre, distopía, robótica, etc.– hasta la fantasía oscura que bordea el terror o incluso lo celebra por completo. Hay variedad de temas, aunque parece que la imaginación de las autoras ha llevado a varias hacia las tramas de androides (es de suponer que películas recientes como *Ex-Machina* y series como *Westworld* hayan influido para dirigir la imaginación de las jóvenes autoras hacia este tema que siempre ha sido fundamental en la ciencia ficción y ahora empieza a serlo también en la realidad extratextual).

Abre la antología el relato ganador del concurso –*Granja-357*–, de Miriam Iriarte, una historia muy potente, muy bien escrita, que pone el listón muy alto y deja con muchas ganas de seguir leyendo a esta autora.

A continuación, Chus Álvarez nos presenta *Plutón*, un relato oscuro, inquietante, muy atmosférico, muy Poe, que ofrece un buen contraste con la anterior.

Sigue Gisela Baños, con la que volvemos a la ciencia ficción en *Tras mi último invierno*, un bello cuento muy evocador que nos

habla de un futuro donde la muerte ya casi ha sido vencida y de que el amor siempre existe.

Estos tres relatos de invierno tienen mujeres como protagonistas, como será el caso de prácticamente todos los cuentos que componen la antología, y el amor de las escritoras por su herramienta —la lengua— es palpable y muy de agradecer. En la famosa y antigua polémica sobre la ciencia ficción como “literatura de ideas”, en la que para muchos lectores y críticos si la idea era buena, la parte literaria apenas contaba, me alegra enormemente comprobar que lo literario está ganando por goleada sin que eso signifique sacrificar la idea.

En la sección de Primavera nos encontramos con *Asimilación cultural*, el relato finalista del concurso, de Mar Vieites. Una historia simpática, de contacto entre especies, con gran sentido del humor —algo negro—, que se lee con agrado hasta el final.

Arantxa Comes nos ofrece el primer cuento de androides de la antología: *Descendientes*, una historia dolorosa narrada en primera persona con un punto de frialdad por un androide femenino y que nos presenta con acierto una distopía no tan lejana.

En *El juicio de los Maar-na*, Viviana Rodil Rodil, nos cuenta una historia clásica de ciencia ficción con un protagonista masculino varado en un planeta desierto donde, de repente, se da un contacto inesperado que lleva a un buen final, coherente y satisfactorio.

Coral Carracedo nos presenta en *Androidismo en el tiempo* un relato de interesante estructura, narrado a través de noticias y anuncios, en el que asistimos al desarrollo de la conciencia social sobre el tema de la existencia y uso de androides. Resulta original, y su feminismo, sin dejar de ser correcto y sensato en sus planteamientos, es el más evidente de la antología.

Dos relatos de androides, dos de contacto cultural interespecies. Salimos de la primavera con una muy buena sensación para entrar en los tres cuentos del verano.

Patricia Janikowski nos presenta el relato inaugural con *Proyecto Quimera*, una historia de ciencia ficción distópica, algo críptica en los detalles, en la que asistimos a terribles experimentos de laboratorio en un ambiente angustioso y terrorífico muy bien logrado, con una excelente prosa.

En *Los límites del cielo*, Irantzu Tato nos narra una historia de ciencia ficción de uno de los temas clásicos que no voy a desvelar aquí, narrada de un modo muy original y efectivo a base de *posts* e informes de progreso de laboratorio.

Cierra la sección de Verano el relato de Alicia Sánchez Martínez, *Perlora*, una historia hermosa y triste, llena de nostalgia por un mundo perdido, y que nos depara un par de sorpresas.

Los dos relatos de otoño que cierran el volumen tienen en común el amor por lo negro y el horror, aunque su forma de presentarlo sea tan diferente. Quizá estas dos historias sean otoñales porque es en otoño cuando celebramos Todos los Santos, o la fiesta anglosajona de *Halloween*.

Laura Replinger nos trae una historia de fantasía oscura y sabor antiguo, *El ojo herido*, muy británica en su ambientación, muy evocadora, que nos recuerda a textos que hemos leído en nuestra adolescencia, de mansiones ocupadas por extrañas familias cargadas de secretos terribles.

Raquel G. Álvarez-Calderón, con *Atardecer rojo*, el relato que cierra la antología, nos entrega un cuento misterioso al principio, cada vez más terriblemente esperable y más de terror hasta la magnífica sorpresa final absolutamente cinematográfica y que nos deja –a pesar de lo espantoso de la historia– con una gran sabor de boca.

Cuando una termina de leer esta antología no puede evitar lanzar un suspiro de satisfacción. Es un gran placer de lectura, hay variedad de temas, de enfoques, de maneras de narrar. Hay protagonistas femeninas –muchas, ¡por fin!– y también algunos mascu-

linos. No es programática ni combativa ni proselitista en ninguna medida. Son doce historias escritas por mujeres, pero eso es lo de menos.

Me explico: leyendo estos excelentes relatos hay un componente de orgullo al pensar que son todos obra de mujeres que están empezando a forjar sus armas en este difícil oficio de la escritura y la narración. Pero aparte de ese punto de alegría extra por la existencia de escritoras de ciencia ficción nuevas, la recopilación es enormemente satisfactoria para cualquier lector que se anime a disfrutarla y en ese sentido da exactamente igual de qué sexo o género sean las personas que nos han ofrecido los textos.

El premio lleva el nombre de Ripley, el primer personaje femenino en una película de ciencia ficción que no era ni una chicaflorero, ni una víctima, ni una damisela en apuros, ni la hija del científico jefe, ni la mujer fatal malvada y peligrosa para el buen chico inocente. Ripley era un ser humano sin más, un ser humano que, casualmente como nos pasa a todos, en la lotería biológica había nacido hembra. Es un personaje que lucha por su supervivencia en un ambiente hostil –perfecta metáfora de la existencia femenina sobre el planeta que nos ha tocado– y al final vence y es la única que se salva del desastre de su nave, junto con un gato.

Ha sido una buena elección poner este nombre al premio de un concurso de literatura de ciencia ficción escrita por mujeres.

Para mí ha sido también un honor presentarlo y, si no he dicho más sobre los relatos seleccionados, es porque siempre he pensado que cada obra debe hablar por sí misma sin que venga nadie –y más antes de comenzar la lectura– a decirle al lector o lectora lo que debería pensar sobre cada cuento. También me parece algo tramposo amontonar adjetivos en una presentación; prefiero dejar eso para los críticos y críticas que juzgarán esta antología a partir de su publicación y que, estoy segura, dirán maravillas de ella.

Yo quisiera terminar dando las gracias a todos los que imaginaron y llevaron a la práctica este proyecto –hombres y mujeres–, y a las autoras por haberme regalado sus sueños, imágenes y palabras. No quiero sonar maternalista, pero mi edad y mis años de oficio me hacen atreverme a deciros: seguid escribiendo, amigas, compañeras, colegas de esta profesión tan hermosa, que tanto tiempo y trabajo cuesta. Lo estáis haciendo muy bien y vais por muy buen camino. Estoy deseando seguir leyendo vuestras historias. Y estoy segura, totalmente segura, de que no soy la única.



Invierno

GRANJA-357 (Relato ganador)

Miriam Iriarte

Te vigilas en el espejo y no reconoces la mirada que devuelve.

Quizás sea la imagen de otro ser.

Quizás seas tú y no lo sabes.

Estudias tus cuatro extremidades, la posición erguida que te causa problemas de equilibrio, los dedos flacos, extrañamente largos y desiguales. No tienes garras ni piel gruesa ni dientes afilados ni escamas. Esta vez eres una criatura débil.

Recuerdas cuando corrías como cucaracha con sus seis patas, a toda velocidad por suelo y pared. Nadie podía alcanzarte. Siempre sabías lo que debías hacer pero ahora miras desconcertada la imagen que te devuelve el espejo. Siempre lo has tenido claro, cuando fuiste conejo y vaca, cuando fuiste hámster y roer te causaba placer infinito. Lo recuerdas bien. Te gustaba ser ameba porque desconocías el miedo y caracol porque no sabías lo que eras.

Pero ahora es diferente.

Ahora el pánico atenaza tu cuerpo desnudo y te asustas del ruido al otro lado del espejo. Escuchas voces y pisadas que erizan el vello de tus brazos. Deduces que eres una presa, que otros se alimentan de ti, que te acechan. Pero no sabes si huir o atacar. Y no dejas de preguntarte qué criatura eres y si habrá más como tú, asustados, encerrados en más habitáculos.

Atrapados.

Sientes la necesidad de encontrar a los tuyos, porque hay otros, les recuerdas al otro lado de los barrotes, con ojos como los tuyos. Comprendes que cuando eras hámster también estabas cautiva. Recuerdas barrotes de metal y cubículos oscuros, recuerdas el dolor. Mucho, muchísimo dolor.

Y visualizas de pronto a los seres de blanco, en imágenes borrosas a través de barrotes y ventanas. Siempre te miraban, te hacían heridas, te aplastaban con sus dedos largos. Igual que los tuyos. Con los mismos ojos, los mismos dientes, la misma piel desnuda que ellos ocultan.

Te observas en el espejo y comprendes lo que eres.

Te tapas el rostro que no quieres ver. Sientes los dedos sobre tu piel, los tuyos, los de ellos. Y los recuerdas, y descubres que el arma del ser pensante es la mente. Porque cuando eras hurón no comprendías que habías sido otras cosas, y cuando eras lombriz ni siquiera sabías que estabas viva.

—... ¿entonces?

La puerta se abre de golpe y te arrastras hacia el rincón más oscuro. El ser pensante entra acompañado por otro de menor estatura, ambos envueltos de blanco y con una red que sujetan entre los dos. Recuerdas cuando fuiste gato y te atraparon con ella para causarte dolor.

Esta vez no lo vas a permitir.

Corres a cuatro patas a lo largo de la pared, hasta alcanzar una esquina y después la otra y la otra. Ellos se quedan en el centro y te observan.

—Se cansará, ya verás.

Entiendes algunas palabras que has escuchado durante tus otras existencias. Sabes que cuando dicen eutanasia significa un cambio de forma y que en el grupo control no sufres.

—¿Qué coño le pasa?

—Está defectuoso.

—¿El de Granja-357? ¿Otra vez?

Detienes tus vueltas sin sentido y adquieres una posición bípeda. Como ellos. Bajas los brazos, colocas las manos a ambos lados de los muslos. Ellos te miran, se miran. Intercambian gestos que no comprendes y que repites en un intento de comunicación.

—Nos imita, joder. Puto polimorfo.

—No vamos a hacerte daño. —Levanta una mano—. ¿Lo ves?

Es mentira y lo sabes.

Chillas cuando hacen una mueca grotesca. Tus rodillas se aflojan, caes de bruces porque olvidas que eres bípedo. Una sombra vuela sobre ti y retienes la respiración. Agitas los brazos atrapada en la red. Otra vez vuelve a suceder, otra vez, como en todas tus formas. Sientes manos aferrando tu carne. Sientes una rodilla clavada en la espalda que te aplasta contra el suelo. Te asaltan imágenes de un ser con delantal de plástico que te golpea y te corta. Llueve sangre.

Sientes un pinchazo en el muslo. Tus párpados se cierran.

Regresa la oscuridad.

Regresan las imágenes frenéticas, de ojos congelados que te observan, insondables más allá de sus pupilas. Ves pezuñas deformes sobre un suelo de excrementos. Ves el historial borroso de una jaula junto al comedero. Tus vísceras en una bandeja de disección. Vives mil formas de tormento y siempre despiertas con otra existencia. Tu percepción cambia una y otra vez. Cuando eres vaca, cuando eres oveja, cuando eres trucha y anguila. Cuando te cogen, te empujan, te manosean, te pinchan, cosen, cortan. Te arrancan las plumas, la piel, las escamas.

Quieres volar, correr, nadar. Todo eso a la vez.

Quizás ahora seas otra forma de existencia, más primitiva, con las mismas dudas que remueven tus entrañas. Te han llamado polimorfo. Eso es lo que eres.

Despiertas.

Tienes los brazos atados y un corte en el vientre. Escuchas voces y pisadas desordenadas que van y vienen. En el espejo de la pared hay unos tubos conectados a tu cuerpo. Nunca te habían hecho eso. Distingues instrumental quirúrgico esparcido por el suelo, huellas rojas y gasas revueltas.

No puedes apartar los ojos de aquella escena. El olor de la sangre lo impregna todo.

Te ves atacando a un ser pensante. Eras pantera. Desgarrabas su cuello. Su carne. Su piel.

De alguna manera sabes que es tu último recuerdo.

El silencio crece.

Escuchas la respiración agitada que retumba en tus oídos. Aprietas las mandíbulas. El dolor se extiende por la espalda y las piernas en latidos de fuego. Sacudes las manos. Están atadas. La puerta se abre. Tienes miedo. Miedo. Irrumpen tres pensantes que tiran de tu camilla por un pasillo de luces blancas. Sobre ti cuelgan bolsas rojas con tubos y varillas de metal que tintinean. El dolor se vuelve insoportable con el traqueteo de las ruedas.

—Vaya mierda sutura le has hecho.

—No tenía tiempo...

Entras en una habitación con botones en la pared que ellos pulsan. Sientes el peso del vacío en tu estómago y el movimiento descendente. Lo recuerdas, el ascensor, donde a veces te metían dentro de una jaula. El vómito te asalta por sorpresa.

—¡Se está ahogando, se ahoga!

Te sacuden con fuerza.

—¡Suelta las correas! —Abren tu boca con dedos de látex—. ¡Vamos, date prisa!

La puerta del ascensor se mueve y vuelven las carreras. Más giros por pasillos interminables. El eco de las pisadas te persigue, los resuellos, las conversaciones apresuradas. Se une un segundo grupo

con máscaras, gafas protectoras y guantes azules. Cada uno se sitúa a un lado de la camilla.

—¿Es el polimorfo, estáis seguros? Joder, es tan... humana.

—¡Mira su código de identificación! —Tira de tu brazo—. ¡Aquí, en la muñeca derecha! ¿No lo ves? ¿Acaso dudas de mí?

Estudias tus símbolos, sólo reconoces los números.

Tres, cinco, siete.

Uno de los seres se inclina para examinarte y luego continúan a lo largo del corredor. El pensante estudia los símbolos de tu muñeca. Los números, las líneas intermitentes. Ella aprieta los dientes y sus labios dibujan una línea delgada.

Es una hembra, como tú.

—Veréis cuando esto se sepa...

—No entiendo el código, no sé qué coño es. Parece algún tipo de reciclaje.

Se detienen de golpe cuando otra hembra sacude un artefacto rectangular. Lo mira en silencio, el brillo azulado de aquel objeto parpadea y desaparece.

—¡Mierda de inhibidores!

—¿Qué...?

—No funciona el móvil. No tenemos ruta. Os lo dije, mierda... nunca me escucháis.

Intercambian miradas que no sabes interpretar.

Es el momento.

Te incorporas despacio y te arrancas el esparadrapo, el catéter, los tubos. Sientes el deseo irrefrenable de volar por los pasillos que ellos recorren a pie. Saltas con todas tus fuerzas. Cuando la gravedad te atrapa recuerdas que no tienes alas. Recuerdas que eres bípedo. Que no tienes garras, ni dientes afilados ni escamas. Que eres una criatura débil. Torpe. Lenta.

Te estrellas contra la pared como un gorrion contra la ventana.

La sangre inunda tu boca.

Dolor. Un pitido crece en tu cabeza. La palabra «humana» re-tumba en tu mente, una y otra vez, como el eco lejano de una tormenta. Asimilas tu nueva forma. Sonríes. Estiras los labios con esa mueca que tanto miedo te causa. Esa que te acompaña en las pesadillas. Ahora eres la pesadilla.

–Sus reflejos son buenos, no parece tener lesiones neurológicas.

–Un polimorfo humano... joder, joder, joder...

Empiezas a comprender.

Uno de los pensantes te sienta en una silla de ruedas, el otro estudia la herida y presiona una gasa contra tu frente. Los otros tres extienden sobre el suelo un papel. Dicen que es un plano, que les mostrará el camino. Te fascina la rapidez con la que aprendes palabras y conceptos. Antes necesitabas muchas formas de existencia para ello.

–Me llaman Anduriña y soy la veterinaria de la Granja-357. Bueno... lo era.

Te lo ha dicho a ti y la miras desconcertada.

–Tranquila, Big-Bang es médico. Casi ha terminado con el examen de tu herida. Todos cuidaremos de ti y saldremos de aquí. Fuera. Al exterior.

Salir.

Salir fuera.

Salir al exterior.

Te produce vértigo imaginar un mundo más allá de los pasillos y sus jaulas. Pensabas que tu vida empezaba y terminaba en los cubículos rodeados de pensantes. Desconoces la vida sin barrotes.

–Esas son Sussy y Lena. El chico alto y guapo de la máscara roja, ese es mío. Bueno, lo fue cuando era mi ayudante. Le llamamos Villagreen y fue él quien te encontró en los tanques de producción. Al principio no le creímos pero nos envió unas fotos y...

–¡Cierra la boca! –Señala hacia la cámara del techo–. ¡Cállate!

—Sí, así es. —Anduriña se inclina sobre ti y susurra en tono confidencial—. Eres un polimorfo humano y se lo vamos a mostrar al mundo. Vamos a enseñar lo que hacen con nuestro dinero. Las mentiras del gobierno... la manipulación. Toda esa mierda que nos comemos.

—¿Para qué le hablas? —Big-Bang endereza su espalda—. No entiende lo que dices.

—Pero es humana. Es inteligente.

—Es un polimorfo, joder. Sólo come y duerme. Soy médico y sé de lo que hablo. Humana, dice... maldita imbécil. Estoy hasta los cojones de los activistas.

—Conseguí los informes de unos experimentos clasificados. A un simio polimorfo le estimularon el centro del dolor cada vez que sonaba una campana. El condicionamiento clásico de toda la vida, perros de Pavlov, vamos. ¿Sabes qué sucedió cuando probaron con un polimorfo diferente? —Sacude las manos—. ¡Se le había impreso ese mismo condicionamiento! Al escuchar la campana temblaba y quería escapar, como si supiera lo que iba a suceder. ¡Tienen inteligencia colectiva, joder, la tienen!

—Vaya tontería.

—Te diré más. —Se acerca al médico y susurra—. He conseguido archivos de los tanques de producción. A los polimorfos humanos les dejan vivir quince minutos, sólo quince putos minutos. Veamos qué sucede con el nuestro... ya ha cuadruplicado su esperanza de vida.

—¡Tenemos ruta! —Sussy se incorpora—. ¡Vamos!

Los cinco activistas se ponen en marcha. Susurran palabras apresuradas y dejan atrás el eco de sus pisadas. Te gusta escucharlos. Ellos hablan. Intercambian información. Te preguntas si puedes comunicarte con otros polimorfos. Deseas saber si hay más como tú, si entienden las palabras, si comparten los mismos recuerdos.

Cuando entras en el almacén retienes el aliento.

Reconoces aquellos símbolos que se repiten sobre cajas y envases. Tres. Cinco. Siete. Los mismos números. Tres. Cinco. Siete. Los tienes en el antebrazo, también los tuviste en una oreja y en el lomo. Y esos números despiertan algo en tu mente. Algo que no puedes recordar, algo importante. Peligroso. Te golpeas en la frente mientras avanzáis junto a robots y carretillas, junto a reponeadores mecánicos que trabajan en la oscuridad intermitente. Os adentráis más y más en aquel laberinto y la sensación de alarma crece en tus entrañas.

Fuego. Eso lo recuerdas. Y sangre. Y dolor.

El sudor resbala por tu espalda.

Sientes una perturbación en el aire. Lo sientes detrás de los ojos. Leve y sutil, húmeda y fría.

Miras a derecha e izquierda, a través de estanterías con zapatos empacquetados y abrigos en perchas. Es una sensación que conoces bien, la que precede al despertar con una existencia nueva. A no saber quién eres. A no saber nada. Y siempre son ellos los que te hacen dormir. Los que ahora vienen envueltos de silencio y pesadillas.

Te arrojas al suelo. Sientes las vibraciones de muchos pies corriendo.

Escuchas un tintineo lejano.

Tic-tic-tic-tic.

Gruñes. Señalas hacia la oscuridad. Gruñes más fuerte. Los seres pensantes te miran alarmados. Lo han escuchado. Te has comunicado. Ellos se ponen nerviosos. Iluminan un plano con estruendo de papel y respiraciones agitadas. Villagreen dice que deben encontrar otra salida, dice que os están rodeando. Hablan de tu localizador. Que tienes otro, dicen.

Tres. Cinco. Siete.

Depredadores. Muerte. Olvido.

La inevitable transición a otra existencia.

Un fogonazo te deslumbra. Escuchas un ruido fuerte y un golpe seco contra el suelo. Big-Bang se desploma. Se te escapa el aire de los pulmones cuando hueles a sangre. La oscuridad regresa y miras hacia las luces que parpadean, hacia las siluetas de Villagreen y Sussy dibujadas contra un contenedor. Más gritos. Disparos. Carreras que se alejan. Te arrodillas junto a Big-Bang. Un charco oscuro crece bajo él. Las manos le tiemblan y sacude sus piernas contra el suelo. Después llega el silencio definitivo. Es humano, sabes que nunca despertará. Sabes que no habrá más existencias para él. Que podrá dormir sin dolor ni miedo. Sin reciclaje. Para siempre.

Escuchas pisadas. Cerca. Muy cerca. Te incorporas y corres tras los robots de carga. Un fogonazo azul estalla a tu espalda. Aceleras y tomas pasillos cada vez más estrechos. Por encima de tu cabeza los contenedores se amontonan esperando las grúas. Miras hacia atrás, ves luces que saltan entre palés y cajas.

Están cerca, las linternas, los pensantes.

No quieres otra existencia.

Deseas escapar.

Y ser libre.

Libre.

—Polimorfo, no te escondas. —Una silueta te asalta por la derecha—. Soy Anduriña. No temas, no quiero hacerte daño. Queremos ayudarte... para eso hemos venido.

Los ventiladores arrastran disparos y gritos.

Anduriña tiende una linterna hacia ti.

—Ven conmigo, estamos cerca de la planta cárnica. Nos vestiremos como operarias y saldremos de aquí, será fácil. Sé dónde están los vestuarios. Vamos.

Emites un gruñido articulado.

Encoges los hombros.

–Lo sé. Han muerto Big-Bang y Villagreen... y no encuentro a Lena. Sussy tampoco sé dónde está, creo que también ha caído.

Anduriña corre tan deprisa como puede. Toma pasillos cada vez más anchos y expuestos, donde los robots de carga circulan en el mismo sentido. Tú vas tras ella vigilando la retaguardia.

–Villagreen no te ha quitado todos los localizadores pero saldremos de aquí...

Ella habla demasiado fuerte. No sabes cómo decírselo.

Os van a escuchar.

–... luego te entregaré al comando que nos espera en el exterior y emitiremos por un canal pirata. Todo viene de los polimorfos. Cuando sepan que ya no existen los animales, que la última oveja se extinguió en el invierno de la gripe ovina... Sois nuestra comida. Sois champú de perro y también los perros que duermen en nuestros sofás. Y ahora todos sabrán la verdad.

Te detienes. Todo viene de vosotros. Sabéis la verdad.

Te atraparán, te encerrarán en una jaula y despertarás con otra existencia. Quizás vivas el tiempo suficiente para que hagan de tu piel una alfombra, o quizás vivas para dormir sobre esa alfombra. Serás una criatura estúpida y perderás para siempre tu oportunidad de escapar, de encontrar a más polimorfos. De ser libre. Librelibrelibrelibrelibrelibrelibrelibrelibre.

–¿Qué haces? –Anduriña se vuelve hacia ti–. ¡Vamos!

Todo sucede rápido.

Y despacio.

El vello de la nuca se te eriza. Aprietas los puños. Gotas de sudor resbalan por tu frente y quedan suspendidas en el aire. Como semillas de diente de león. Como hojas sobre un estanque. Como las balas que ahora vuelan hacia tu cabeza.

Te arrojas al suelo.

Anduriña se desploma y un reguero de perlas rojas dibuja su estela de muerte. Dejas atrás los disparos, los vigilantes, los deste-

llos azules. Ante ti se abre una puerta con cortinas de plástico que atraviesan los robots. Al otro lado se encuentra la salida. Cruzas el umbral. Lo cruzas y tropiezas y caes de rodillas sobre un suelo blanco. Entonces ves que no hay escapatoria. Que no hay libertad, que no hay esperanza. Sólo pasillos interminables.

Pasillos y robots.

No sabes hacia dónde acudir. El carril central se divide en carriles secundarios y estos en terciarios. Los miles de robots con sus remolques se distribuyen hasta desaparecer en aquel entramado.

Ves escaleras de metal y pasarelas por encima de tu cabeza.

Escuchas las pisadas de tus perseguidores.

Otra vez.

Subes por la escalera más cercana. Tus pies dejan huellas negras y tus manos marcas rojas que los vigilantes seguirán. Lo sabes. Lo saben. Alcanzas una pasarela sobre la nave de producción. Te detienes. La reconoces. Nunca has estado allí pero la reconoces. Miras hacia abajo. Ves humanos trabajando junto a cintas transportadoras, en hileras interminables de silencio absoluto. Ves sus monos de trabajo, ves sus gafas, las máscaras. Ves sus brazos, como si fueran los de un pulpo inmenso, subiendo y bajando todos a la vez. Escuchas aullidos. Muy lejos de allí reconoces la rampa de entrada. Recuerdas los cuchillos y los delantales y las botas de plástico. Recuerdas a los cerdos que cuelgan de una pata. Escuchas el goteo de la sangre que salpica suelo y pared. Todo eso lo ves, todo eso lo recuerdas y no puedes separar el pasado del presente.

Matan polimorfos. Despiezan polimorfos.

Su carne, tu carne.

Sientes cada una de aquellas existencias troceadas y envasadas. No necesitas adivinar su destino. Los humanos llevan la muerte a sus mesas. Lo has visto en tus múltiples existencias, cuando comían en el restaurante sin saber entonces que te comían a ti. Cuando vivías

dentro de un acuario. Cuando tenías exoesqueleto y pinzas y te alimentaban una vez a la semana.

Sientes una vibración en la barandilla.

No vas a permitir que te atrapen.

Huyes a toda velocidad.

Atraviesas cinco naves de despiece sobre pasarelas sin fin. Cruzas el matadero. Cruzas establos. Cruzas más naves industriales y de engorde y de madres con sus crías. Tomas un pasillo oscuro y corres sin mirar atrás; descienes, como si descendieras al infierno, porque sólo puedes avanzar en una dirección. Te detienes. Te enfrentas a una puerta solitaria. Sabes que está abierta, sabes que es una invitación. Al otro lado te aguarda el silencio.

Cruzas el umbral.

La oscuridad te asalta cuando cierras de un portazo.

Enciendes la linterna de Anduriña y consigues iluminar el espacio central. Es un pasillo inmenso, es una garganta con aliento de muerto. Escuchas el eco de tus pisadas. Escuchas olfateos a ambos lados del pasillo, escuchas el silencio retenido. Sientes movimiento en la inmensidad de aquella negrura. Ves cabezas que se asoman, ves hocicos y orejas móviles con etiquetas de plástico. Iluminas los números pintados en sus lomos con espray de pintura azul.

Un tres; un cinco; un siete.

Apagas la linterna. Desapareces en la oscuridad.

Entras despacio en uno de los establos. Pisas excrementos. Se te hunden los pies y las manos como cuando eras cerdo. Como cuando te golpeaban, te empujaban, te degollaban. Vivías en la oscuridad y tenías miedo. Tú eres ellos, ellos son tú. Compartes sus penas amasadas en incontables existencias. Compartes sus deseos. Sus experiencias. Su dolor.

Gruñes.

Los cerdos responden.

Mil gruñidos causan un eco atronador.

Entonces una chispa estalla en tu cabeza, en tu estúpida cabeza humana, y esa chispa crece y se extiende como fuego. Has tardado mucho en comprenderlo. Observas a los cerdos mientras sacuden sus orejas. Son existencias apacibles. Se conforman con poco.

Pero ahora lo saben.

Lo mismo que tú, en un recuerdo compartido.

Porque eres humano. Porque posees la existencia del creador de formas.

Tú puedes conducirlos fuera de aquí. Te seguirán. Tus pensamientos son los de ellos.

Te incorporas despacio. Los excrementos gotean de tus dedos y trazas líneas marrones sobre tu piel. Pulsas el botón que abre las cuadras. Los chasquidos se suceden a lo largo de filas interminables y crece un rumor de gruñidos y pezuñas. Tiembla la plataforma. Tiemblan tus dientes. Sientes el calor de sus cuerpos, la humedad de sus respiraciones contenidas. Sois muchos.

Los humanos abren la puerta, encienden la luz.

Se detienen frente a toneladas de carne y colmillos.

Ves un dedo nervioso sobre el arma. Ves un fogonazo que estalla.

Gritos. Carreras. Más disparos. Más gritos.

La estampida arrolla a los vigilantes.

Corres flanqueada de polimorfos. Corres delante, corres por la libertad, corres por ellos y por ti. El suelo tiembla cuando irrumpís en la planta de despiece. Los empleados chillan aterrados. Los cerdos aplastan todo a su paso; son tanques de rabia desatada; son costillas a la plancha y panceta que se añade al arroz. Y ahora patean y muerden y desgarran. Embisten. Cocean. Saltan por los aires cintas transportadoras y operarios envueltos en plástico.

Más disparos, más gritos, más carreras.

Cerdos y humanos te empujan.

Ves un empleado, ves un puño que se estrella contra tu rostro humano. Una. Dos. Cinco veces. Como hace con los polimorfos de la granja, con las vacas, las ovejas, machacándolas a golpes. Lo sabes. Lo recuerdas de la memoria colectiva. Todo se tiñe de rojo. Intentas contener la hemorragia de tu nariz, que gotea entre tus dedos hasta las baldosas blancas y las botas de plástico. Recuerdas el matadero, cuando colgabas cabeza abajo y la sangre caía a borbotones y te ahogabas con ella.

Recuerdas las botas de los matarifes. Lo recuerdas bien.

Aquel humano te llama zorra.

Tomas un hacha del suelo. Tú eres polimorfo. Tú eres un ser pensante, un cazador, un humano que se viste con la muerte. Descargas un hachazo. Rompes la carne, el hueso, los tendones, como ellos hicieron con los tuyos aun sin esperar a que murieran. Sientes el impacto contra sus costillas. Sientes su grito ahogado en sangre. Te giras. Hay más humanos. Siempre hay más. Cargas contra aquellos cuerpos alimentados de polimorfos. Se amontonan a tus pies. Agonizan. Sientes el silencio que llega después, desde el suelo, y sabes que no volverán a despertar. Sabes que olvidarán. Sabes que están incompletos. Fragmentados. Rotos.

Coges un cuchillo.

Levantas tus brazos manchados de sangre.

Llevas piel humana anudada al cuello, sobre los hombros, goteando hasta los tobillos.

Los pensantes que se visten de vosotros os temerán. No os obligarán a despertar con aquellas existencias miserables. No seréis su alimento. No seréis zapatos ni mascotas. Nunca. Nunca más.

—¡Libre! —chillas—: ¡Libreeeeeeeeeeeeeeeeeeee!

Los cerdos gruñen victoriosos, el eco arrastra aullidos desde los establos contiguos. Son muchos. Están luchando como vosotros, os están buscando. Al líder. Al polimorfo con piel humana. Al liberador. Y llegan. Llegan alentados por tu única palabra, a pesar

de sus pezuñas destrozadas, de sus patas atrofiadas bajo cuerpos voluminosos. Porque lo saben. Porque comprenden el significado de aquella palabra, desconocida por ellos hasta el día de hoy.

Todo se llena de gritos, de cristales rotos y sombras recortadas contra la pared. El suelo tiembla. Acuden polimorfos desde todas partes. Acuden y dan vueltas a tu alrededor, en un remolino de hocicos y pezuñas, de vacas y ovejas y gallinas y caballos. Buscan a la existencia que habla. Te buscan a ti. Ellos son tú. Tú eres ellos. Sois un único ser. Sois mil millones de recuerdos.

Pronto os ponéis en marcha en una riada imparable de pezuñas y colmillos. Avanzáis a lo largo de túneles oscuros, embistiendo barricadas sobre una alfombra de vigilantes y operarios. Os abris paso entre robots de transporte y remolques articulados. Sabéis que cargan polimorfos transformados en hamburguesas. En pegamento orgánico. En cremas. En comida enlatada. En llaveros de marfil. En mascarillas capilares y gelatina y pintalabios y botas de cuero.

Os detenéis frente a una puerta de hierro.

Es la salida. Lo sabes.

Contienes la respiración mientras todos te observan. Estiras una mano y rozas el metal con tus dedos. Sientes la herrumbre y el frío. Escuchas ruido al otro lado y no puedes imaginar una vida en el exterior. Sin jaulas. Sin establos. Sin cadenas. Sin dolor. Inspiras hondo. Retienes ese momento previo a la libertad, para grabarlo en tu memoria y en la memoria de todos, porque ya nada os podrá retener. Abres con un aullido de victoria.

Te tragas ese grito.

Te lo tragas porque no comprendes lo que ves.

Porque no te lo esperabas. Porque tienes miedo. Porque te quieres esconder y no puedes.

Hay pensantes por todas partes. Caminan en rebaños, viajan dentro de vehículos, saltan por las escaleras, y corren y se detienen

y circulan y no hay un solo hueco sin humanos ni edificios. Ves un millón de pasarelas. Ves carreteras interminables atestadas de movimiento y ruido y humo. Ves torres que desaparecen entre las nubes, ves anuncios luminosos y paneles móviles que se diluyen entre la multitud. Cae agua desde el cielo. Agua, como cuando os limpiaban en el establo con mangueras a presión. Y hace frío. Mucho. Es invierno pero no te importa.

Los humanos que recorren la calle se detienen y observan tu cuerpo desnudo, sin comprender por qué has surgido desde aquella compuerta, sobre la que encuentras al girarte un símbolo que ahora reconoces. «Granja-357». Los pensantes lanzan exclamaciones con sus bocas alimentadas por ti. Por vosotros. Y huyen cuando ven la sangre, cuando ven la piel que cuelga desde tus hombros, con restos de carne y tendones. Los gritos de alarma se extienden rápido.

Sientes que te falta el aire.

En aquel lugar no hay sitio para vosotros.

Quieres retroceder. Quieres esconderte en el subterráneo.

Los cerdos te empujan. Quieren salir. Quieren correr. Quieren ser libres. Quieren.

Y durante el forcejeo todos os señalan. A vosotros. A los polimorfos.

A los cerdos enfocados por las pantallas gigantes.

A las gallinas junto a tus pies.

Caes de rodillas.

Escuchas sirenas a lo lejos. Una sombra de guardias y militares asoma por la avenida. Lo ves en los paneles luminosos y en las pantallas que muestran los vehículos blindados. Ves los tubos de metal que os apuntan, las mandíbulas apretadas de los soldados, el brillo de sus ojos. Apoyas una mano en el suelo y hundes los hombros. Os reducirán a ceniza, os borrarán de la faz del planeta.

Volveréis a empezar con una existencia de sufrimiento. Con una existencia que sirva al humano.

Que sirva al ser pensante.

Al ser pensante, te repites. Lo que tú eres ahora.

Así que en este preciso instante, cuando está a punto de extinguirse vuestra rabia desatada, no vas a perder ni un segundo en preguntarte qué hacer. Porque lo sabes. Sabes que el poder del pensante, su don supremo, es la capacidad de decidir. Pero tú eres algo más, algo que los humanos no comprenden pero el resto de polimorfos sí.

Tú eres ellos y ellos son tú.

Compartes sus malditos recuerdos.

Sabes que todas las generaciones venideras de polimorfos lo recordarán. Recordarán que en este momento, uno de ellos, uno dotado de forma humana, decidió luchar. Y sabes que perderéis esta batalla de la manera más atroz. Sabes que os desollarán. Sabes que os dejarán agonizar en contenedores de basura. Que seréis hamburguesas y *nuggets*. Que seréis gelatina de sabor a fresa. Pero cuando despertéis en vuestras nuevas existencias recordaréis este momento. Y volveréis a pelear una vez más. Y otra. Y otra más. Hasta terminar con el último humano sobre el planeta.

Porque sois polimorfos y sois libres. Porque jamás os rendiréis.

Te incorporas despacio y alzas el mentón.

Dejas que todos te vean.

Saboreas este momento histórico, el instante preciso que desencadenará la guerra. Y ese instante y ese momento eres tú. Lo sabes. El polimorfo de aspecto humano, el liberador, la existencia que habla. Cargas con el peso de la batalla sobre tus hombros y miras hacia las cámaras. Te ves en los paneles luminosos y sonríes con las innumerables existencias de tu mirada. Llevas una piel humana sobre la espalda. Llevas símbolos dibujados en tus pier-

nas, con excrementos y orines. Los cerdos te ven. Las vacas. Las gallinas. Las ovejas. Así lo recordarán. Así lo transmitirán.

Los seres pensantes chillan aterrados cuando cargáis.

La ciudad huele a sangre.

